



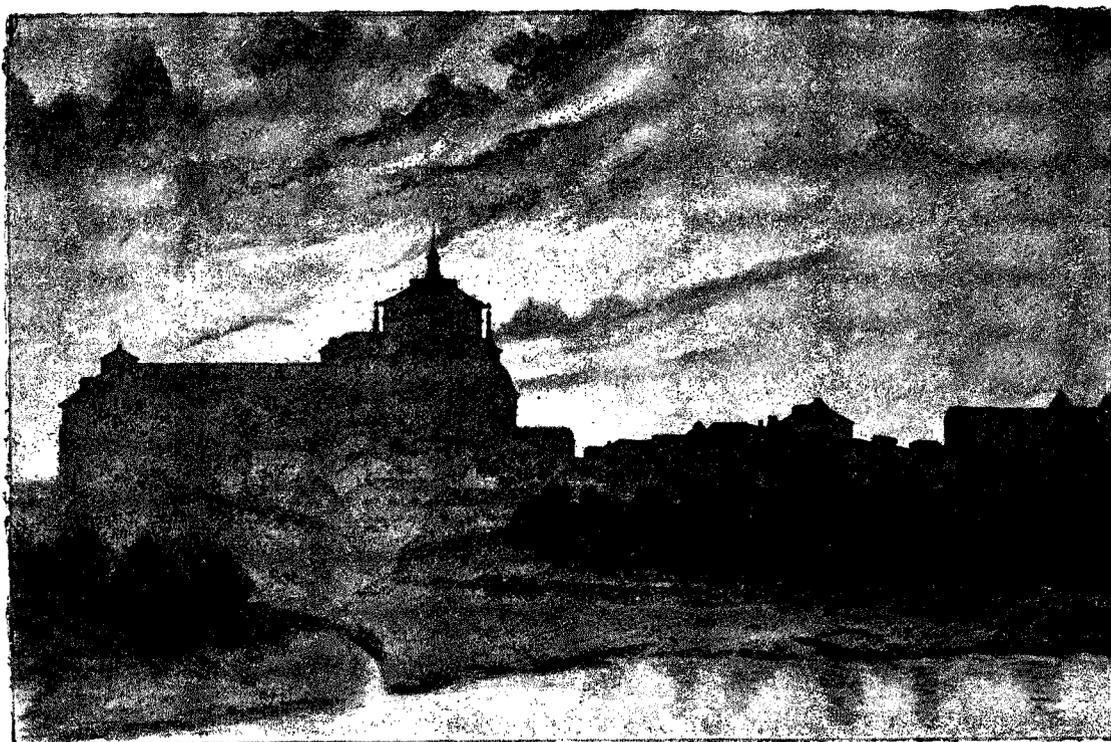
PUBLICACIÓN QUINCENAL ILUSTRADA

<p>Año I.</p>	<p>Miércoles 31 de Julio de 1889</p>	<p>Número VIII</p>
<p>Este periódico se publica dos veces al mes.</p> <p>—</p> <p>ADMINISTRACIÓN</p> <p>MENOR HERMANOS</p> <p>Comercio, 57 y Sillería, 15</p>	<p>Director propietario, D. José María Ovejero</p> <p>Director artístico, D. Federico Latorre</p>	<p>PRECIOS DE SUSCRICIÓN</p> <p style="text-align: right;"><small>TRIMESTRE.</small></p> <p>En toda España. Pesetas. 2,50</p> <p>Extranjero (países convenidos) 3</p> <p>Ultramar (oro) 5</p> <p>No se admiten suscripciones por más de un trimestre.</p>

SUMARIO

TEXTO.—Una ciudad modelo, por el Vizconde de Palazuelos.—Los Trovadores, por Abdón de Paz.—Migajas de la Historia, por Francisco Asenjo Barbieri.—Los grabados, por José María Ovejero.—Remitido, por R. Garzán de Veloz.—Rebuscos.—Noticias.

GRABADOS.—Siluetas. Hospital de Afuera (Toledo).—Callejón del Toro (Toledo).



Siluetas. Hospital de Afuera (Toledo)

UNA CIUDAD MODELO

La locomotora avanzaba acompasadamente, con lentitud al principio, con regular velocidad después y con vertiginoso furor por último, arrastrando en pos de sí el gran *Sud-Expreso* europeo que, partiendo de la capital francesa, atraviesa España y va á morir en Sevilla. Arrellanado cómodamente en los blandos asientos de uno de los departamentos del *sleeping car* (elegante vocablo británico que sustituye con ventaja entre nosotros el ramplón y prosaico de *cochecama*) departíamos y compartíamos las ventajosas condiciones en que se llevan á cabo los viajes modernos, esta mi personalidad y un muy gran amigo mío y compañero que fué de colegio. Mi amigo, distinguido joven argentino, que recorría á la sazón Europa, á donde había llegado pocos meses antes, procedente de su patria, unía á una sólida y poco común ilustración, un notable espíritu observador y un buen sentido crítico que no es difícil hallar á menudo entre los hijos de la América española. Visitadas ya por él Francia, Inglaterra, Alemania é Italia, reservaba el último, si bien preferente lugar, para nuestra patria que, con notoria cordura y buen gusto, consideraba él como la segunda suya. Habíamos casualmente hallado en París, y conocedor yo por él mismo de sus designios, brindéme gustoso á acompañarle á la corte española, á donde me era preciso volver y hacia donde pensaba él, con antelación á lo demás, encaminar sus pasos.

Habíamos dejado ya á Madrid á nuestra espalda. La conversación, generalmente variada, recaía con frecuencia, como no es maravilla sucediese, dados nuestros comunes gustos y aficiones, en la historia patria, en la España antigua y moderna, en las regiones y ciudades que atravesábamos ó que ante nuestra vista se presentaban. Explicábale yo á la sazón, con todos sus pelos y señales, cómo Madrid, último punto de parada de nuestro tren (que por su calidad de *rápido* no se detenía en las restantes estaciones anteriores á Toledo), pueblo oscuro y de escasa historia y servicios, había osado, en últimos del siglo XVI, arrebatar á la ciudad del Tajo la capitalidad de España, que con indiscutible derecho y sin oposición alguna venía ejerciendo desde la remota época de los godos. Referíale también cómo Felipe II, de feliz recordación para los toledanos, había dirimido la contienda entablada entre Madrid y Toledo, pronunciando ante los emisarios de Madrid aquellas célebres palabras que nos conserva la historia: *Pues la razón y*

el derecho lo prescriben, cúmplase conforme á derecho y á razón, en cuya respuesta se envolvían la sanción y confirmación absoluta de todos los privilegios de Toledo y el más explícito desaire de las injustificadas pretensiones de Madrid.

El tren caminaba con rapidez asombrosa, atravesando prontamente la feraz *Sagra*, con sus dilatadas llanuras, sus prósperos y ricos pueblos y su bien cultivada campiña. Ya el Tajo se presentaba á nuestra vista, ancho y caudaloso, engalanado en sus márgenes con eterna y lozana verdura. Aquí distinguíamos una alegre alquería, acullá una importante fábrica movida por el río, ora era una vasta explotación agrícola dotada de todos los útiles y edificios que la moderna ciencia requiere, ora una línea férrea transversal que lleva la animación y el movimiento á importantes centros manufactureros. Por todas partes, lindas casitas, quintas de recreo y aun elegantes *chalets*, indicios estos y los anteriores de que nos aproximábamos á buen paso á un gran centro de población, á la capital populosa de un reino floreciente, á un inmenso caos humano en que estarían armónicamente compendiados cuantos elementos son precisos para constituir una ciudad modelo.

Atentamente observaba todo esto mi acompañante, en cuyas facciones se pintaba la satisfacción que en él producía el espectáculo. Llegábamos, en fin, á Toledo. Los barrios extremos de la capital se extendían á nuestra vista, flanqueando ambos costados del río, con sus dilatadas aunque no muy anchas calles modernas tiradas á cordel, con sus casitas de dos y tres pisos, habitadas principalmente por numerosa población obrera. Un verdadero bosque de altas chimeneas daba bien á entender cuál es la característica que en especial distingue á la Toledo moderna. El río, encauzado por medio de amplios y cómodos muelles, repletos en toda su extensión de innumerables mercancías, rebosaba en barcos de diversos tamaños, formas y nacionalidades.

Pero la hermosa perspectiva subió de punto, cuando, llegados casi al final de nuestra carrera, hubo de lanzarse el *Sud-Expreso* en el magnífico viaducto de hierro, de cincuenta metros de elevación, que se alza por cima de la ciudad atravesando el río, en el histórico sitio conocido tiempo atrás bajo el nombre de *Huerta del Rey*. Pasado el viaducto llegamos á la estación del Norte, una de las cuatro que, á cual más grandiosas y desahogadas, reciben al viajero á su venida á Toledo.

En reposo ya el tren, nos preparamos á abandonar nuestro departamento y la estación para, con la ayuda de un

vehículo cualquiera, trasladarnos prontamente al centro de la ciudad. Nuestro intento no era, empero, tan fácil de ponerse en inmediata ejecución como á primera vista parecía. Torrentes de viajeros, una verdadera *turbamulta*, entre la que tan pronto se distinguía la blonda cabeza y el empaque habitual del *touriste* anglo-sajón, como las facciones correctas y la prominente nariz del vascongado, tan pronto la original y típica indumentaria de alguna familia *yankee*, como el ejemplar usual y corriente del castellano, del catalán ó del andaluz, inundó súbitamente el ancho y dilatadísimo andén, surcado por ocho vías y protegido por enorme cubierta de hierro y cristales.

Pero no era precisa la llegada de los viajeros para que el andén se viera convertido en una Babilonia auténtica. Antes de apearse aquéllos, y por consiguiente nosotros, ya lo tenía invadido una heterogénea muchedumbre, compuesta principalmente de las familias ó los amigos de los que llegaban á la capital ó pasaban por ella, de los mozos y *ganchos* enviados por los hoteles, de los vendedores de periódicos, de cerillas ó de guías de ferrocarriles y de los *cicerones* prematuros, ya apercebidos á caer sobre el desprevenido viajero para poner á prueba su paciencia, á fuerza de ruegos, ofertas é importunidades.

—¡Gran hotel de Europa!

—¡Hotel del Comercio!

—¡Grand hotel des Ambassadeurs! ¡On parle français!

—¡Gran fonda de Castilla!

—¡Señorito, el saco de noche!

—¡Hola, muchacho! ¡Tanto tiempo sin vernos!

—¡*Splendid Hôtel!* ¡*Englis spoken!*

—¡*La Dinastía, El Eco de Castilla, La Capital, La Carpetania!*

—¡Guías! ¿Quién quiere guías?

—Hotel Parmese! ¡Si parla italiano!

—¡Azucarillos, agua!

Las voces, las apreturas y la confusión llegaban al punto culminante, y esquivando bonitamente toda suerte de ofertas, mi amigo y yo nos escurrimos como Dios nos dió á entender hasta encontrar á la salida de la estación una atmósfera más despejada.

La plaza de Covarrubias, en que la estación se halla, rebosaba en ómnibus y coches de alquiler; dirigíme á uno de estos últimos, ocupámosle, di al cochero la orden de «A la fonda de Castilla» y el vehículo partió.

La acertada elección de alojamiento no deja de ser en Toledo un negocio de importancia, merecedor de la atención del recién venido forastero. Ya durante nuestro viaje habíamos, mi compañero y yo, hecho plática del asunto, quedando

él, á consecuencia de la tal plática, suficientemente instruído acerca del particular. En la capital de España abundan hasta lo infinito los hoteles, fondas, casas de huéspedes y hospedajes de todas clases, habiéndolos de todos precios y condiciones, é igualmente digno del más encopetado *lord*, cuanto asequibles al más modesto artesano ó viajante de comercio. Para mi amigo, cuya bien provista bolsa y posición independiente se avenían mal con la estrechez ó la tacañería, estaba indicado alguno de los magníficos y modernos establecimientos situados en la ciudad baja en el centro de la animación, de los negocios, de los teatros y de los paseos. Pero aquí estribaba la dificultad. Si París goza de fama universal por sus *puntas*, Westfalia por sus jamones ó Alcorcón por sus pucheros, Toledo la tenía ya de atrás muy bien sentada, más que por sus monumentos artísticos, por sus armas ó por su mazapán, por sus incomparables hoteles, que echan la zancadilla á los más renombrados del extranjero. En este sentido, el hotel de Europa nada tiene que envidiar de ningún otro; soberbio edificio de seis pisos, pintoresca vista sobre el Tajo, plaza de Garcilaso y Avenida de la Comedia. El de Embajadores no le va en zaga; hace esquina á la plaza de Garcilaso y á la larguísima calle del 25 de Mayo, donde están situados los más lujosos bazares y almacenes de la ciudad. Del Comercio, del Parmese, del Spléndid-Hôtel, nada diré, pues ellos se recomiendan por sí solos. Pues ¿y el hotel Alfonso VI, el de Palacio, el del Circo Máximo, el Continental y el de Galiana? Sería el cuento de nunca acabar, si me hubiera propuesto hacer la simple enumeración de los más importantes.

Nos hallábamos, pues, en un verdadero *embarras du choix*, que dicen nuestros vecinos de allende el Pirineo; pero yo corté por lo sano, recomendando á mi acompañante la fonda de Castilla, casa en todos conceptos tan digna como otra cualquiera, y en cuyo abono era además de notar el buen gusto y españolismo del huésped, quien, á despecho de apremiantes y repetidas insinuaciones, se había negado siempre á sustituir la palabra *fonda* por otra cualquiera venida aquí de ultramontes.

Decía, pues, antes que partió el vehículo que nos conducía, arrastrado por un caballero de buen ver y guiado por servicial auriga. Desde la plaza de Covarrubias, punto de nuestra partida, hasta el paseo de Alfonso el Sabio, término de nuestro viaje, hay una respetable distancia que salvamos en pocos minutos. Mi amigo, que, como anteriormente indiqué, venía de París, no dejaba de mirar

y de admirar, á través de la ventanilla, el trayecto que recorriamos.

La plaza de Covarrubias, con su dilatada serie de modernos pórticos y la severa estatua de aquel ilustre legista toledano; la de Merchán, con la del bienhechor cardenal Tavera, que parece contemplar con complacencia el insigne hospital que fundó; las amplias calles de Marco Fulvio y de Almenón y el jardín y paseo de España, donde se admira con nacional orgullo el suntuoso monumento que en mármoles y brónces recuerda á las generaciones el gran hecho de la definitiva unidad ibérica; todo esto desfiló ante nuestra vista, con prelación á nuestra llegada á la fonda.

La hora del medio día estaba al caer, cuando descendíamos ante la puerta del vestíbulo de la fonda de Castilla. Aquí dos camareros, vistiendo el inevitable frac, salieron á nuestro encuentro, haciendo toda suerte de cumplidos y reverencias. Llenadas las formalidades que en tales casos se exigen, incluido el nombre de mi argentino en la lista del establecimiento, subidos que fuimos al departamento que se le había destinado—una excelente y desahogada habitación del segundo piso, con agradables vistas al paseo—donde llevamos á cabo una ligerísima *toilette*, bajamos al comedor, en que se nos sirvió suculento almuerzo.

Mi compañero traía tasado el tiempo de su tránsito por España, en cuyo suelo pensaba permanecer tan sólo veinte días; y siendo mucho lo que hay que ver en la ciudad del Tajo, determinamos de común acuerdo no perder momentos, y al efecto, entre bocado y bocado, concertábamos el plan é itinerario de la tarde.

Mi amigo era artista y arqueólogo de corazón, por lo que, noticioso como ya estaba de la disposición y emplazamiento de los monumentos y antiguas obras de arte toledanas, optó por dar comienzo á la visita de la capital en su parte arcaica y retrospectiva, en la ciudad alta; en la *acrópolis*, digámoslo así, que tan peculiar fisonomía muestra en su modo de ser y que se diferencia tanto de la ciudad moderna ó baja, como pueden diferenciarse el día y la noche.

Con este intento, traspusimos el umbral de la fonda, recorriendo en casi toda su extensión el frondoso paseo de Alfonso el Sabio, provisto de *cuádruple fila* de álamos negros; y después de seguir ó de atravesar otras calles y plazas, nos hallamos al pie de la gigante base sobre que desde hace tantas centurias se halla asentada la secular Toledo.

Comunicase la ciudad antigua con la nueva por dos empinadas cuestas, particularmente. Arranca la primera desde la grandiosa puerta de Bisagra, obra de

Carlos V, yendo á morir en el afamado y romancesco Zocodover; y parte la segunda, de junto á la venerable basílica de Santa Leocadia,—que merced á la inteligente gestión de nuestra corporación municipal se conserva, aunque ahogada por moderno y apretado caserío—atravesando luego la puerta del Cambrón, discurriendo junto á los muros de San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca y el Tránsito, y llegando por último hasta la plaza del conde de Fuensalida.

Cada una de estas dos vías cuenta para el servicio y comodidad del numeroso gentío que constantemente sube y baja del llano al monte y viceversa, con un ferrocarril en miniatura, sistema Fell, cuya vida, es tan próspera, que sus acciones se cotizan en la actualidad á un precio quíntuple al de su emisión.

Dada la mayor proximidad á que nos hallábamos de la segunda de estas dos rutas, hacia ella encaminamos nuestros pasos, ocupando luego un asiento en el ferrocarril. Interpretando yo los deseos del americano, descendimos del vagón al llegar á San Juan de los Reyes. Repetir ahora con palabras el contento y admiración que mostró al contemplar la grandiosa iglesia, cuyo incomparable crucero ha sido siempre materia de perenne elogio para los inteligentes; el claustro, de ideal y magnífica belleza, y el convento todo, por fin, que tan irroprochablemente cuidan y conservan los hijos de San Francisco, sus habitantes, fuera rebasar los límites que me propuse al esbozar este relato. Baste saber que entre San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca y el Tránsito, huyó agradable y velozmente la tarde, una hermosa y dilatada tarde del mes de Mayo.

Por espacio de algunos días y aun de algunas noches hubimos de dedicarnos asiduamente á la Toledo histórica. La Catedral con todas sus magnificencias, el Cristo de la Luz, con su milenaria vetustez, el hospital de Santa Cruz, el Alcázar de Carlos V, las puertas y puentes, las diversas parroquias muzárabes y latinas, los conventos de religiosas, henchidos de preciosidades artísticas, con otros edificios más que por abreviar no cito, fueron pasando por vez primera ante la vista de mi amigo, atónito de hallar en tan pequeña extensión de terreno, tal *copia de interesantes objetos*, cuya ligera descripción sería bastante á llenar un volumen de muchos centenares de páginas.

La Toledo antigua se conserva, por dicha, con escasísimas excepciones, tan original y típica cual el más intransigente arqueólogo pudiera haberla soñado. Sus calles y callejas, tan estrechas y retorcidas como lo serían en tiempo de la

dinastía Dze-n-nonita, su viejo y desigual caserío provisto con frecuencia de blasonados escudos, los tradicionales palacios de la rancia nobleza castellana, esos mil y mil detalles que avaloran ante el artista la, para el profano, prosaica vulgaridad de nuestras viejas é históricas poblaciones, todo habla á los ojos y al alma en la *Toledo de arriba*, todo parece rodeado de una aureola de gravedad venerable, que las autoridades y el pueblo parecen conservar á porfía. El simple anuncio de que se había resuelto por la corporación concejil la alineación de una de las más céntricas y concurridas calles bastó en cierta ocasión para que se organizase en el acto una manifestación imponente que con su actitud firme, aunque templada, hizo desistir á los ediles de su propósito.

Cualquiera podría creer, al leer lo precedente, que los toledanos obran en esto, sugeridos por un estrecho espíritu rutinario, incompatible con todo género de legítimos progresos y adelantos.

Y, sin embargo, no es así. Pocos pueblos de la península, ninguno quizá ha sabido reunir dentro de su recinto mayores y más nuevos atractivos y comodidades con que hacer grata la estancia del forastero y esprimir su bolsillo. En prueba de lo que digo, sólo he de citar dos casos, ambos relativos á la locomoción: Para facilitar más las comunicaciones entre la ciudad alta y la baja, háse utilizado un medio sencillísimo y seguro que, á creer al concesionario de este negocio, le proporciona muy pingües ganancias. Dos estaciones solas—la superior instalada en la explanada del Alcázar y la inferior en el extremo Norte de la ciudad moderna—monopolizan todo el movimiento de esta singular línea en que no hay carriles, traviesas, vagones, carruajes, ni aun camino alguno trazado por mano del hombre; el camino es simplemente el aire atmosférico y los vagones dos inmensos globos cautivos que, mediante una ingeniosa combinación de sólidos cables y tornos movidos al vapor, funcionan con la mayor precisión, transportando en su seno cientos y cientos de pasajeros al día.

(Continuará).

LOS TROVADORES

por
ABDON DE PAZ

L Mediodía de Francia constituyó parte de nuestra monarquía visigoda. En sus campos murieron Teodoro luchando contra Atila (451), Alarico II luchando contra Clodoveo (507) y Amlarico luchando contra Childeberto (531).

Desde Walia á Gesaleico (417-511) nuestra corte predilecta fué Tolosa, y, aun trasladada aquélla á Toledo, los sucesores de Ataulfo miraron con tanto empeño la dominación transpirenaica, que Leovigildo, anciano y achacoso, envió á su hijo Recaredo á contener la invasión del rey de los francos, Gontran (585), y Wamba acudió en persona á sofocar la rebelión del conde de Nimes, Hilderico (673).

El Loira dividía entonces á las Galias en dos zonas, de suyo antitéticas. Allende el río los francos, representantes de la rudeza germánica, con su espíritu católico y monárquico y siempre en acecho de conquista sobre el Sur. Aquende el río los godos, representantes de la molición, excitan con su espíritu herético y anárquico y siempre en guardia de independencia contra el Norte. Y allende y aquende un atraso intelectual que llegaría á que el Concilio de Narbona de 589 autorizara el ingreso en el sacerdocio de sujetos que no sabían leer. Ni podía gloriarse de superiores adelantos la misma Roma, cuyo pontífice San Agathón (679-682) se lamentaba cien años después de no hallar persona bastante instruída que enviar de Nuncio á Constantinopla (1). ¿Qué extraño, dadas tales condiciones, que nuestro gran filósofo del siglo VII, San Isidoro, enseñanza de Alcuino, y nuestro gran código de Santa Leocadia, admiración de Guizot, despertaran general entusiasmo en la cuenca pirenaico-alpina?

La invasión africana, ocurrida á poco, aumentó estas corrientes de cultura. El emir Alhaor, apoderándose de Narbona (715); Alzama, siguiendo hasta caer de una lanzada ante los muros de Tolosa (722); Ambiza, clavando su estandarte en Lyon, y yendó herido á morir á Autun (275), y el emir Abderrahmán, tomando á Burdeos, incendiando á Poitiers y disponiéndose á marchar contra Tours, cuando perdió con la vida la batalla que le presentaran las legiones aquitanias del duque Eudón, unidas á las francas de Carlos Martel (732), llevaron en sus armas reflejos de la civilización oriental que, al mezclarse con los de la occidental proyectados de atrás por nosotros, coadyuvaron directamente al nacimiento del arte provenzal ó lemosín, conjunción del escolasticismo y del arabismo sobre la enciclopedia de las *Etimologías* y la democracia del *Fuero Juzgo*.

Mientras Francia, víctima de las luchas civiles de austrasianos y neustrasianos, apenas reconocía la autoridad de los hijos de Meroveo, é Italia, víctima de las dominaciones extranjeras de helenos y

(1) Agath, *Epístola ad Constantinum Pogonatium*.

lombardos, se dividía y subdividía en cantones atomísticos, España, presintiendo el alborear de las grandes nacionalidades, y portanto de las grandes literaturas, habíase mostrado con Chindasvinto, Recesvinto y Wamba tan unida ante la fe y la ley, tan rica y pujante, que, agobiada posteriormente bajo el peso de interminables irrupciones, conservaría fuerza, no ya para vencer á los ejércitos de Carlomagno en Roncesvalles (778) y de Hisén en Lutos (801), sino para enviar á la misma corte carolingia poetas de la talla de Teodulfo, que murió de obispo de Orleans.

Pueblo que realizaba tales proezas, necesariamente había de adelantarse á celebrarlas en inspirados himnos orales y en minuciosas crónicas escritas: himnos y crónicas que irían desarrollando aquella fuerza templada por la religión, aquel carácter bélico pacífico, musa del diamantino *Canto de Altabiscar*, cuyos onomatópicos versos, representados hoy por los *dantzariac*, remedan el «¡quién vive!» del fiero patriota y el ladrido del perro vigilante, al rumor de los jinetes invasores que se acercan, y el sonar de los cuernos, y el silbar de las flechas, y el rodar de los peñascos, y el borbotar de la sangre, y el huir de los vencidos, y el reír de los vencedores, echados sobre sus trompas y carezas y abrazados á sus esposas é hijos, que en vano escuchan y miran en tan silenciosa y oscura noche, porque sólo oyen el voraz castañeteo de las alimañas, y sólo ven la fosfórica luz de los huesos, «que blanquearán allí eternamente.»

El eco mágico del himno de Roncesvalles despertó sin duda á nuestros bardos, quienes en torno del sepulcro de Santiago debieron componer los primeros romances místicos, y en torno del califato de Córdoba debieron componer los primeros romances caballerescos. ¿Qué importa que las trovas originales, recitadas de memoria ó redactadas á la ventura, se hayan perdido en el transcurso de los tiempos, cuando en los pocos documentos gráficos que nos quedan, anteriores al siglo XIV, y en los hechos que los acompañan, hay base suficiente para que la imaginación reconstruya con exactitud matemática?

Esta fermentación psíquica del porvenir que, al desligarse del pasado, busca expresiones que respondan á las necesidades del presente, obligó á los oriundos del Lacio á chapurrar, desde el Estrecho de Calais al de Gibraltar y al de Mesina, una jerga babilónica, compuesta de detritos arios, semíticos y aun camíticos, cuyos orígenes idénticos y cuyas gestaciones rudimentarias hicieron que fuese generalmente comprendida. Así, al au-

mentar con los años nuestros dominios, el latín fué relegándose por anticuado al estudio de los bibliófilos; el godo acabó por deficiente, de olvidarse; el árabe siguió la suerte de la estirpe que le hablara; y nuestros dialectos, aunque múltiples, tendieron á auxiliarse, á cederse vocablos y giros, á constituir su unidad, eterno canon de la vida. Conservando Vasconia y Navarra su inmemorial eúskaro, dejó del sanscrito; acudiendo Asturias al suevo para ordenar el bable, del que resultarían el gallego y el portugués; demandando Cataluña inspiración al galaico, del que á su vez resultarían el valenciano y el mallorquín: recibió Castilla en su amoroso y rico seno, formado por el limo de las principales razas del globo, las aguas de estos ríos, y las de Aragón, León, Extremadura, Andalucía y Murcia, especie de océano que á todas las confundía. No pudiendo materialmente fijar su idioma sin fijar antes su hogar, empresa tanto más hercúlea cuanto que carecía de montañas que la defendiesen, avanzó acogiendo los adelantos y amparando á los ingenios de las demás provincias, como si presintiera su futuro destino lingüístico, semejante al de walones y toscanos. Más acostumbrada al sonar de los cuernos de guerra que al tañer de las guzlas moriscas y de las violas provenzales, ensayó, cambiando la antigua prosodia por la moderna consonancia, una versificación de armonía ruda, de ideología nebulosa, pero enérgica y entusiasta, propia de gentes que si no sabían embellecer como artistas, ni razonar como filósofos, sabían morir como héroes de un teosofismo militar, histórico, verdadero, nada parecido al derivado de los mitos orientales, al celta de los Artusez, al germánico de los Roldanes y al bizantino de los Amadises, tipos legendarios, falsos, que, pasando del severo *Tirante* de Martorell al cómico *Morgante* de Pulci y al trágico *Orlando* de Ariosto, acabarían en la incomparable caricatura del *Quijote*.

El hallazgo del cuerpo del mayor de los *Hijos del trueno* llamó á Galicia á innumerables cristianos de Europa, entre los cuales enumera la tradición al mismo emperador Carlomagno, y menciona la Gesta á la hipócrita dama Argentina de Narbona, mujer del conde castellano Garci-Fernández (970-1005):

En Francia casó el buen conde
con esa Doña Argentina,
que pasaba por su tierra
á Santiago en romería.

Acompañándolos, vendrían juglares lombardos y bretones, los más notables á la sazón, siquiera en pago de las visitas que los nuestros les hicieran en sus países respectivos. Y del mutuo comercio de unos y otros, nacieron á mi ver aquellos dos poemas anónimos: el *Libre dels tres reys d'Orient* y la *Vida de Madona Santa María Egipciaqua*, de fraseología polígl-



Callejón del Toro (Toledo)

ta y métrica insegura, y quién sabe si la idea de la *Danza de la muerte*, inspirada en el generalizado temor del próximo fin del mundo para el año 1000. De por entonces, apogeo de la civilización omniada, admiración de propios y extraños, datan en mi concepto los primitivos moldes de nuestra literatura más popular, objeto de profundos estudios de parte de los Bembo, Schelegel, Dryden y Fauriel. A mediados del siglo IX, según Pablo Al-

varo en su *Indiculus luminosus*, andaban tan arabizados nuestros fieles de Andalucía, que apenas había uno que acertara á escribir una carta en latín, al paso que había muchos que componían artísticos versos en el idioma del novelesco príncipe desterrado de Siria, Abderrahmán I, autor de la hermosa balada *A la palmera*. Imitando este ejemplo, lanzaríanse á componer muzárabes y mudéjares, en verdadera algarabía, trovas que condenaran el traidor egoísmo de bastantes renegados del Evangelio y del Korán como se condenan en *Bobalías el Pagano*, ó que narraran los amores de agarenos y cristianos, como se narran en *Moriana y Galván*, ó que enaltecieran el respeto á la monarquía, como se enaltece en *Vergilios*, sin perjuicio de zaherir á los monarcas que lo mereciesen, como *Fernán González zahiere* á D. Sancho I de León:

Vos traéis cetro de rey
y yo un venablo acerado.

Sea lo que fuere, al pasar de las conjeturas racionales á los hechos fehacientes, nos encontramos á mediados del siglo XI con la *Pérdida de España por Rodrigo*, de origen portugués, y á principios del siglo XII con el *Poema del Cid*, de origen castellano, obras que denuncian la tosquedad de sus épocas, y más la de sus autores, pero cuya redacción precedió á la de las primitivamente redactadas, sobre tradiciones bíblicas, célticas y germánicas, en Provenza, Bretaña, País de Gales y País de los Walones; con la particularidad de que la más antigua de éstas, *La Piscina* (hacia 1146), trae ya modos y tiempos verbales nuestros, «lavar y morir, irán y será», y hasta consonantes perfectos, «emperador y honor, marqués, y francés» (1), y la más acabada *El Román de Rou* (hacia 1210, no puede competir con la interesante inventiva y gráfica locución de su coetáneo el anónimo *Libro de Apolonio*. El extranjero tomaba de nosotros, como nosotros tomábamos del extranjero,

si tal nombre cabe dar á hijos de una misma civilización que, completándose mutuamente gracias á la armonía de

(1) Tenemos á la vista el original inserto en la notable *Historia de los trovadores*, de Don Víctor Balaguer. El castellano alboreaba de muy atrás. En una escritura de donación hecha á la iglesia de Covadonga por Alfonso el Católico (739-757) se leen ya estas palabras: «campanas de ferro, casullas de syrgo, capas y porcos.»

sus aptitudes, encienden su fe en la gallardía sintáctica de los cantares religiosos de España, y exaltan su imaginación en la brillantez etimológica de las novelas caballerescas de Francia, y depuran su derecho en el ritmo prosódico de las actas jurídicas de Italia.

(Se concluirá.)

MIGAJAS DE LA HISTORIA

III.

Es aquí la memoria descriptiva de las danzas dispuestas por el cabildo toledano para el día de Nuestra Señora de Agosto del año 1558:

«La primera danza sera esta. Entraran primeramente dos salvages los quales van haciendo demostración que van huyendo de ocho monteros que los siguen y con los monteros vienen ocho ninfas las quales seran ocho niños, estos se vestiran los vestidos de la obra que parecieran bien y llevaran en sus cabezas sus cabelleras y encima sus aguinaldas de verduras y ceñidas al cuerpo unas cintas hechas de yedra muy bien | llevaran estas ninfas sus flechas y saetas en las manos todas muy bien adereçadas. Costaran estos ocho niños de cada salida dos rreales, que son treinta y dos rreales. Costaran ocho cabelleras que llevaran estos niños deciseis reales. Costaran dos hombres que an de hazer los salvajes dos ducados. Costaran los ocho hombres que an de hazer los monteros las dos guias delanteras tres ducados y los otros á ocho rreales cada uno. De ocho cabelleras que llevaron los monteros deciseis rreales. Daremos al tañorino que tañere en esta danza ducado y medio. Valen las libreas desta danza diez ducados de alquiler y calças y çapatos y saltanbarcas y monteras y caxcabeles. Valen ocho rrostros que han de llevar estos ocho monteros con sus barbas á dos rreales cada uno con barba. De hazer los arcos y las guirnaldas y pretinas para todos deciocho que son y traer la yedra de todo mil mrs.»

«La segunda danza sera esta. Entraran quatro varones y quatro mugeres los quales seran la magnaninidad acompañada del rrecogimiento los quales entraran delante de todos con sus ynsinias en las manos que a cada uno convenga. Tras estos entrarán el silencio y la caridad tambien el uno hombre y el otro muger vestidos diferentes con sus ynsinias en las manos al proposito de cada qual. Luego entrarán la tenplanza y la fortaleza con sus vestidos diferentes y sus

ynsinias en las manos convenientes á su estado. Tras estos vienen la prudencia y la castidad la prudencia sera un hombre anciano en esto vestido prudentemente y la castidad que ira con este yra toda de blanco con sus ynsinias al natural de cada uno.»

«La tercera y final danza sera que entraran quatro virtudes que seran la modestia y la paciencia y la mansedunbre y desprecio de si todos con sus rretulos que van denunciando la calidad de cada uno | los cuales llevan en hombros a la umildad subida en un trono ó silla la qual va cantando coplas en favor y loor de los umildes y de la virtud dellos a las quales coplas rresponden todos los ocho que yran delante, que seran aquestas ocho virtudes arriba dichas las quales van acompañando á la umildad y rrespondiendo los sonetos y coplas que la umildad dijere | llevaran estos ocho que seran ocho cantores cada uno un ducado que son por todos ocho | de vestir a cada uno un ducado | de vestir los quatro que llevan a la umildad en hombros de cada uno un ducado | de hazer todas las armas y medallas para todos y rretulos quatro ducados | a estos yra tañendo un salterio al qual daremos ducado y medio | del trabajo que pusiere la umildad un ducado.»

«Memoria del gasto de lo que an de comer estas treinta y tres personas en esta fiesta. | primeramente para el darles de cenar la bispera de nuestra señora en la noche mil mrs. por todos | para darles de almorzar la mañana de nuestra señora dos ducados | para dalles de comer el dia de nuestra señora mil maravedis | para darles de cenar el dia de nuestra señora dos mil mrs. | de la ayuda y trabajos de nuestras personas quatro mill mrs. | Hallo por esta cuenta bien tasada que montara la costa de toda esta fiesta treynta y dos mil y ochocientos y cuarenta y quatro mrs.»

La catedral de Toledo solía celebrar con gran solemnidad, no sólo las festividades religiosas sino también las de carácter político. La paz de Cateau-Cambresis, firmada en Abril de 1559, motivó la fiesta que se indica en el siguiente documento:

«Señor pedro yañez Receptor de la obra de la santa iglesia de toledo mande pagar a *Alonso de Herrera* doze mill mrs. los quales se le dan de toda costa y gasto que tuvo en las dos danzas de villanos que saco y en la *rrepresentacion de una comedia ante su illustrisima* en la fiesta de las alegrías que se hizo por la obra por el bien de las pazes entre su magestad y el rey de francia segun se contiene en el asiento de este libramiento, fecho en seys dias del mes de mayo de mill e quiniientos e cinquenta y nueve años. Por man-

dado del illustre señor don diego de Castilla dean y obrero.—Juan mudarra—»

«Recebi yo alonso de *herrera* del señor periañez los doze mill mrs. desta otra parte contenidos y por verdad lo firme de mi nombre, fecho en 6 de mayo de 1559 años—Alonso de *herrera*—»

En la fiesta del Corpus del año siguiente 1560, la danza estuvo á cargo de *Marcos Guerra* y de *Pedro de Barrionuevo*, según consta en libramiento de 7500 maravedís que se le dieron «para en »quenta y parte de pago de la parte que »cabe a pagar a la obra»; cuyos maravedís, no obstante estar fechado el libramiento en el último día de Mayo de 1560, no se les abonaron hasta el 17 de Setiembre del mismo año, fecha del recibo firmado por los dos referidos danzantes. Del pormenor de la danza ó danzas que dispusieron no he hallado noticia.

(Por las copias),

F. A. BARBIERI.

LOS GRABADOS

Hospital de San Juan Bautista vulgo de Afuera

El sol poniente parece arrastrar, en pos de sí, grandes girones de nubes al esconder su disco por detrás de la mole cenicienta del hospital fundado por el cardenal D. Juan Pardo y Tavera en 1538.

La hermosa silueta del edificio, planeado por el arquitecto D. Bartolomé de Bustamente, simula, según se ve en nuestro grabado, un inmenso sarcófago, cuya escultura yacente reclina su cabeza en el arranque de la cúpula y cuyos pies rígidos se elevan con esa verticalidad propia de las esculturas funerarias, donde aparece en el grabado otra pequeña cupulita en la fachada del Mediodía.

Esas sombrías agrupaciones de árboles, semejan guardianes de la muerte, y las copas de cada uno de ellos, otras tantas capuchas de cabezas que, aislando la atención en el libro abierto por el *Dies-iræ*, meditan sobre el gran problema de la finalidad humana Si la brisa crepuscular produce la ilusión de que esos penachos vegetales se mueven acariciados por ella, parece que los supuestos penitentes apartan la vista de las consideraciones de la muerte, para fijarla en el Tajo, cuyas aguas severas, llevadas por apenas perceptible corriente, simulan la vida, en la que, como en el río, se proyectan las invertidas imágenes de los árboles, aparece, también, el confuso y lejano pensamiento de la muerte, mientras los días discurren con calma y sosiego parecidos á los de esas aguas silenciosas.

Tan en carácter resulta el emplazamiento del hospital de Afuera; y más si se le contempla desde el punto de vista elegido por el artista que le ha dibujado.

Hay en el monumento—exceptuando la falta de unidad de estilos—algo de

la severidad de los edificios que hacía construir Felipe II. Esa majestad fúnebre que la silueta tiene, desde cualquier punto que se la contemple, parece acusar en el exterior la grandeza del sarcófago de Tavera, colocado en medio del cruce-ro de la iglesia.

Esta obra maestra del arte escultórico, la última producida por el genio colosal de Alonso Berruguete, imprime carácter á todo el edificio y parece que ha hecho que amolde éste sus líneas á ella, como los ataúdes egipcios delineaban la momia faraónica acusando en su exterior todas las formas de la misma.

Berruguete no terminó solo el gran sepulcro del cardenal; su hijo, Alonso de Berruguete y Pereda (el mozo), le ayudó en sus últimos días á esculpir su maravillosa creación. Quedaron, pues, en ella los últimos effluvios de una inspiración artística que agonizaba, para retratar en su estatua incomparable á Tavera que había agonizado ya. Después de imprimir en aquel mármol cadavérico todos los caracteres de la muerte, fué el gran artista, ya cumplida la voluntad del cardenal, á morir en el aposento que hay bajo el reloj en la fachada del Mediodía, el 18 de Julio de 1561.

Fijando la mirada en el dibujo que reproducimos en la plana primera; viendo esas medias tintas misteriosas, ese celaje sombrío, esos oscuros vegetales y la proyección en el fondo del hospital terminado por Hernán González, Nicolás de Vergara y su hijo, aún nos parece que de ese cuadro entristecido vamos á ver salir por la ventana del aposento el gran espíritu de Berruguete, alejándose de un mundo que dejó enriquecido con los primores de su cincel.

Fijándonos también en el destino del monumento, fundado por Tavera para proporcionar en él auxilios y consuelos al doliente, y pasando, de nuevo, la mirada en la mancha producida por el lápiz de nuestro querido amigo Latorre, veremos un arroyuelo que, como si viniera del hospital, serpenteando por la pendiente, ora escondiéndose en las desigualdades del terreno, ora apareciendo en las planicies del mismo, recuerda ese conocido símil entre las aguas y la vida humana que un muy querido amigo nuestro, Rafael García Santisteban, expresó felizmente en estos versos:

Ya mi vida
va al estío,
cual el río
va á la mar,
y más tarde
irá á su invierno
y á su eterno
descansar.

La música que acompañaba á esta estrofa, la hizo mi inolvidable y queridísimo padre, D. Ignacio Ovejero (q. e. p. d), y sin duda el enlace del cariño filial con las amistades que me unen á Latorre y Santisteban, me hacen oír aquellas sentidas notas, remedo del susurro de las aguas, renovadas en mi oído por la impresión de melancólica poesía que inspira en mi ánimo el monumento y la composición.

Como los hospitales parecen arroyos de emigrantes á la eternidad; los ríos se forman de arroyos confluentes, y los grandes caravanas de Letheo, conduci-

das en barcas misteriosas, van, según el Dante, á desembarcar en el mar eterno de otra vida; acaso el arroyo que desagua en el Tajo, y ese Tajo que corre hasta las playas portuguesas, á desaguar en el Atlántico, nos han sugerido esta serie de lúgubres consideraciones.

Y obedeciendo al timbre que marca la mutación de escena, trasladémonos al famoso y legendario callejón del Toro, asunto del segundo grabado que publicamos en la página 5.

¡Mucha luz! Mucha luz que refracta el enjalbegado muro de una casa elevada; paredes sin ventanas, remedo ó restos de aquellas árabes construcciones que para recatar á la escondida mora prohibían huecos en los muros, ó cuando más, los permitían defendidos por artística y tupida celosía. Los aleros de los tejados separados por centímetros; la reja clásica y elegante, volada fuera del alféizar; el piso empedrado según la costumbre toledana y, con su reguero en el centro, desprovisto de aceras. Un oficial de carpintero, zapatero ó de establecimiento tipográfico, que va á comer á las doce del día, cuando el sol cae á plomo sobre los tejados de la imperial ciudad, corriendo la cuesta abajo, y que parece gritar: «¡Plaza! ¡Voy á ver á la *fulana* antes de engullirme los garbanzos!»

Y al gritar ¡Plaza!, no lo hace ociosamente el laborioso artista y apasionado amante, porque lugar hay en el callejón en que dos hombres de medianas carnes apuradillos puedan verse para transitar con holgura.

Tan cierto es esto, que se cuenta, que allá por tiempos que no podemos precisar á nuestros lectores, corría por las tortuosas calles toledanas un, para mí, desdichado mortal, perseguido por formidable y poderoso cornúpeto, de esos que hacen, desde el *tendido*, las delicias de nuestros aficionados á la tauromaquia, y la disección de las vísceras de toreros y cuadrúpedos en el hemicielo.

Antójaseme crítica, como pocas, la situación del perseguido, porque yo no me perco de creer *el más grande de todos los peligros*, contando entre ellos los terremotos, los ciclones, galernas en alta mar, acreedores con título que lleva *aparejada ejecución*, suegras impertinentes, amigos officiosos, etc. etc., eso de correr con un *producto* cultivado por Vergara, Varela ó Concha Sierra á la zaga y

con unos pies, ¡Dios mío,
si tenía seis ó siete....!

como dijo Frontaura, con muchísima razón, en su zarzuela *En las astas del Toro*....

Pues bien; consideren aquellos de mis benévolos lectores que tengan á los *protagonistas* de la tragedia tauromáquica la *respetuosa consideración* que yo les tengo, cual sería la, para mí razonadísima, veloz carrera del sujeto en cuestión, perseguido por un *berrendo* (si lo era y así se llama) por estas callecitas moriscas llenas de históricos peñascos, teniendo que mover las tabas vertiginoso y precavido y obligado á volver atrás la cabeza de cuando en cuando por *mor* de la proximidad de su implacable amigo.... Y dígame si no tendría por maravilloso

conjuro, feliz arte de mágico encantamiento, ó resultado providencial de oportunismo arquitectónico, el que la estrechez del callejón famoso fuera tal—¡estrechez nunca bien recompensada!—que no permitiera el paso á las afiladas armas que la fiera ostenta en su coronada cabeza! ¡Así fué! La abertura colosal de sus facultades *cornu-punzantes* no cupo en una de las revueltas del callejón..... Habrá pocos mortales y pocos callejones tan afortunados y tan convenientes.

Sulademos, pues, con reconocimiento al autor de tan peregrina disposición de una calle, y cerremos estas diluídas noticias, borrando, si lo hemos conseguido, los negros celajes del principio con esta pequeña intentona humorística, pero cierta, en lo que á mi *respeto* se refiere.

JOSÉ MARÍA OVEJERO.

REMITIDO

POSESIÓN DE ALFÉRECES

Sr. D. José María Ovejero.

Muy señor mío y distinguido amigo: V. me encargó que le escribiera algo sobre el para mí memorable acto del día 11, y me apresuro á complacerle porque no puedo negar nada á quien tanto me ha honrado con sus atenciones.

Y no es esto, señor director, mera reciprocidad rayana con la social galantería, no; es ese afecto sincero y espontáneo que se llama simpatía, hermano carnal del cariño y de la amistad.

Empiezo á escribir bajo la impresión de una penosa idea: sé que voy á hacerlo mal. Pero como es preciso estar tranquilo de espíritu, y recordando que dicen «que el que no se consuela es porque no quiere», me las he echado de filósofo, y hé aquí que pensando, pensando, he venido á dar con el antiguo adagio latino: «*errando, errando, deponitur error*», que, aunque no satisface por completo, algo es algo, y con su ayuda trataré de explicarme.

La formación fué algo parecida *al cuadro*, cuya cuarta cara, irregularmente constituida por el Profesorado y una pequeña parte del público, no llegaba á cerrar el perímetro.

Cuando los ex alumnos aparecieron con las insignias de oficial, unos azorados y vergonzosos, otros con cierto aire de novatillo, fueron colocándose indistintamente á ambos lados de la bandera.

El teniente coronel terminó la relación de los flamantes oficiales, y cinco minutos después, más de un centenar de uniformes presentaban vistoso conjunto.

Aquella colocación me pareció que tenía algo de simbólica. Veía á mi lado la bandera bicolor, esa enseña sagrada que representa para el militar su primer juramento, tras del que en indisoluble eslabonamiento se desarrolla la cadena de deberes que empieza por el saludo de ordenanza y termina por el estoico sacrificio de la vida. En aquellos momentos

solemnes, me parecía que una idea unánime se alzaba de todos los cerebros: Patria.

¡Patria!.... Me pareció que la excelsa matrona nos miraba, dibujándose en su rostro pálido y demacrado una sonrisa triste. (El acto me había sugestionado y la ficción seguía).

La vi que señalaba á la bandera y con voz alterada por la emoción nos dijo: «A vosotros la encomiendo, guardadla; es el escapulario que vuestra madre os confía, enseña bendita de la que nunca os debéis separar. Mañana sereis generales; mañana mi destino estará en vuestras manos, no seais malos hijos, no amargueis más los días de mi penosa existencia....»

La voz del señor brigadier, que empezaba su discurso, me sacó de las tristes reflexiones en que estaba sumido mi espíritu.

Hubo un punto culminante en la peroración del señor director de la Academia: el compañerismo; esa basa fundamental de toda organización robusta y duradera. Mientras que de la milicia no se destierren odiosas diferencias, el «Estado militar» tiene que ser imperfecto é insuficiente para cumplir su alta misión. ¡Ojalá que cuantos oficiales allí se reunieron, ostenten siempre en la bandera de sus convicciones el lema «fraternidad y unión!»

Terminó el señor brigadier dirigiéndose á las madres allí presentes; á aquellas madres que lloraban de alegría al mirar á sus hijos con un porvenir seguro. ¡Oh! ¡quién es capaz de llegar á concebir lo que alcanza el pensamiento de una madre en esos momentos supremos, en los que el sentimiento se desborda convertido en lágrimas!

La estrella que se destaca del fondo negro de la manga, es para la madre lo que para el caminante el rayo de luz que rasga las tinieblas, y á cuyo resplandor, con mirada ansiosa, con una ojeada rápida, examina el horizonte que se extiende ante su vista, velada momentos antes por las tinieblas de la más cruel incertidumbre.

Y nada más, señor director, tengo que

añadir á lo poco y malo que precede; nada más que reiterarle mi sincero afecto, fruto de la distinguida consideración que V. le merece á su atento amigo y servidor q. b. s. m.

R. GARZÁN DE VELOZ.

Guadalajara, 16 Julio, 89.

Rebuscos

Sobre el terno de San Eugenio

Del artículo que acerca de este valioso objeto de arte publicó en el número de TOLEDO correspondiente al 24 de Junio último el Sr. Don Santiago García, dedúcese que el terno de San Eugenio fué labrado en el siglo XVIII, siendo arzobispo de Toledo el cardenal conde de Teba. Hácese igualmente constar en el artículo que «en vez de emplearse para el adorno ó paramento los galones comprados al Sr. Auge (comisionado del fabricante Godinot), el cabildo, de acuerdo con el prelado, dispuso se colocasen grandes escudos del Sr. Fonseca» etc. Ahora bien, no hallando yo á simple vista el motivo á que pudo obedecer la disposición antedicha y no apareciendo en el artículo explicación alguna del caso, pregunto á mi buen amigo el articulista, y en su defecto á los demás señores capitulares: ¿Qué razones pudieron alegarse para colocar en una obra llevada á cabo en tiempo del Sr. Fernández de Córdova los blasones del Sr. Fonseca, cuyos pontificados separa el largo intervalo de más de dos siglos?

EL V. DE P.

NOTICIAS

Carmen Baños y Sánchez Moreno contaba once y medio años de edad y sin embargo tiene biografía.

Había abierto los ojos á la luz en el modesto estudio del artista músico; de su padre. En él había educado su oído acos-

tumbrándose á la melodía y á la armonía; faltábanle á la interesante niña los arrullos que la madre lleva á el alma de sus hijas, y la música se encargó de cultivar su espíritu con la dulzura de sus cadencias.

En esta atmósfera de arte, Carmen Baños desarrolló su belleza y sus aptitudes para la música. El año próximo pasado en los exámenes de la Económica de Amigos del País, todos la admiramos y todos la aplaudimos. Cantó, leyó en diferentes idiomas, ejecutó estudios en el piano, y la concurrencia á aquel acto la colmó de elogios merecidos. Se hizo dueña de las simpatías del público por la precocidad de su talento y su figura llena de grajejo y elegancia infantil.... Hoy, sólo nos atrevemos á decir á su padre nuestro querido amigo Sr. Baños: «Usted hubiera deseado que ganara el cielo por derecho de conquista.... La tiene usted allí por *derecho propio*, como van los ángeles.»

Reciba, pues, nuestro pésame, porque en una carrera larga de la vida no ha podido conquistar el lugar que hoy seguramente ocupa.

María del Consuelo Rodríguez y Julián ha fallecido el día 24 de Julio actual.

La redacción de TOLEDO desea á sus padres la mayor resignación y se asocia á la pesadumbre que les aflige.

Llamamos la atención del director de Comunicaciones Sr. Mansi, sobre el hecho de que nuestros suscritores de provincias reciben el 25 por 100 de los números de nuestra publicación. Tenemos en las oficinas del periódico legajos de reclamaciones que un día y otro se repiten, quejándose de que no se les envía la Revista. Esta se reparte, se ingresa en las bien dirigidas oficinas de esta capital, y después, sin duda, se pierde en el piélagos inmenso del vacío.

Esperamos del celo y justificación del Sr. Mansi que encarecerá á sus subalternos la necesidad de que se normalice el servicio, porque esto redundará en descrédito de nuestra Administración y en perjuicio de las empresas y del público.

BASES DE LA PUBLICACIÓN

Toledo aparecerá dos veces al mes, elegantemente impreso en papel satinado, constando de ocho páginas cada número, dispuestas de modo que pueda coleccionarse, á cuyo efecto, regalaremos á nuestros suscritores á fin de cada año, el correspondiente índice y unas elegantes cubiertas á varias tintas, para su encuadernación.

El precio de suscripción es el de 2,50 pesetas trimestre en toda España, no admitiéndose por más ni menos tiempo, el de 3 íd. en el extranjero y 5 (oro) en Ultramar.

Precio del número suelto en España, 0,50 cént. de peseta. Número atrasado, 0,75.

En el extranjero y Ultramar, número corriente, 0,75, y atrasado, 1 peseta.

ADVERTENCIA. La Administración del periódico suplica á los señores suscritores que ya no lo hayan hecho se sirvan remitir, á la mayor brevedad, el importe de la suscripción del primer trimestre.

La casa de Menor Hermanos es la encargada de recibir suscripciones en Toledo. En el resto de España, como en el extranjero y Ultramar, las principales librerías.

SE ADMITEN ANUNCIOS